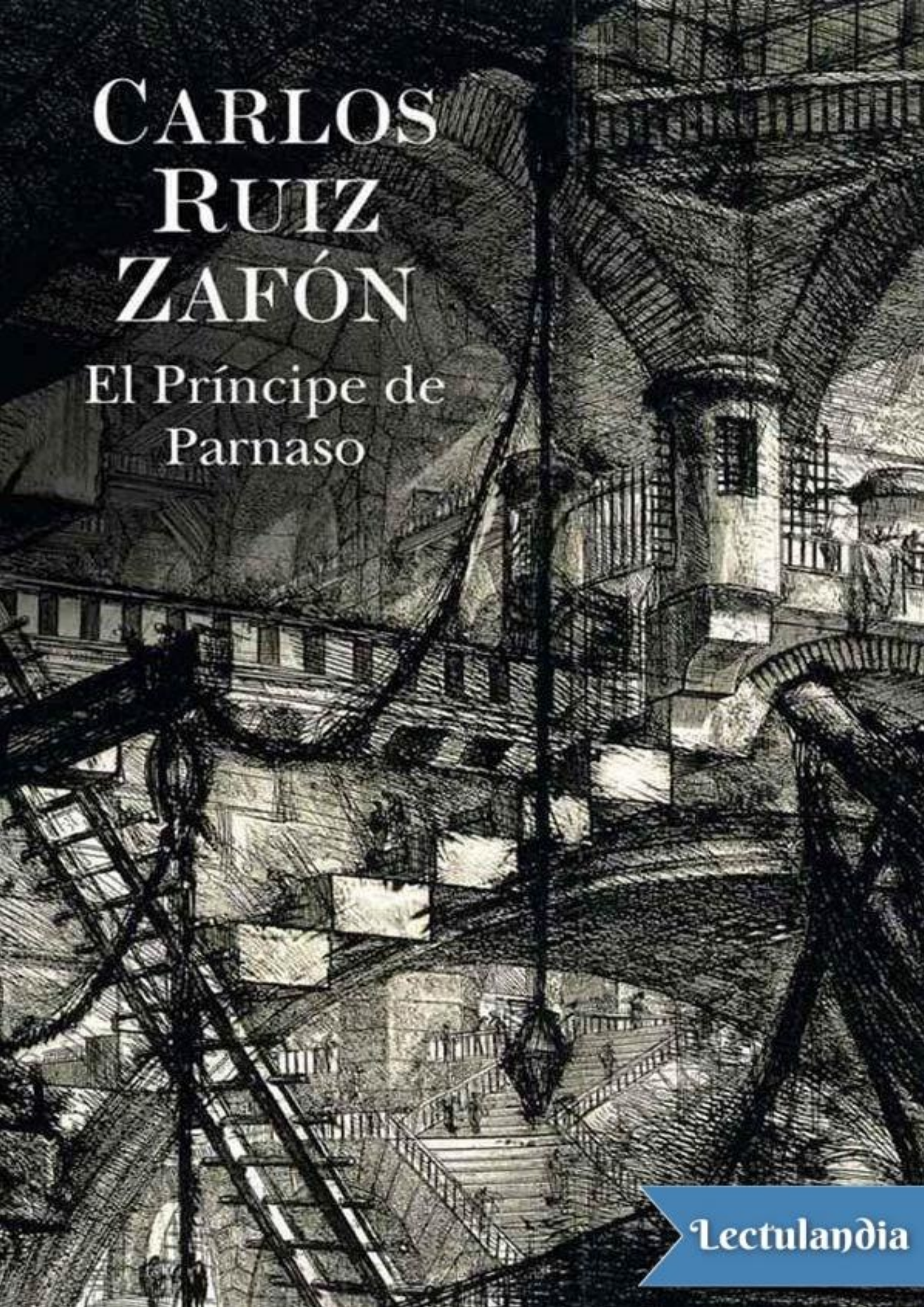

CARLOS
RUIZ
ZAFÓN
El Príncipe de
Parnaso
Lectulandia

Barcelona, 1616. El caballero Antoni de Sempere, facedor de libros, sigue un cortejo fúnebre en compañía de Andreas Corelli. Son los restos mortuorios de Miguel de Cervantes y Saavedra.

En este cuento corto, Carlos Ruiz Zafón nos propone un viaje a los orígenes de *El Cementerio de los Libros Olvidados*, la serie de novelas que inauguró con *La sombra del viento*.

Lectulandia

Carlos Ruiz Zafón

El Príncipe de Parnaso

El cementerio de los libros olvidados - 0.5

ePub r1.1
Titivillus 16-01-2017

Título original: *El Príncipe de Parnaso*
Carlos Ruiz Zafón, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Un sol herido de escarlata se sumergía en la línea del horizonte cuando el caballero Antoni de Sempere, a quien todos llamaban el *facedor de libros*, se aupó en lo más alto de la muralla que sellaba la ciudad y avistó el cortejo aproximándose a lo lejos. Corría el año de gracia de 1616 y una bruma que olía a pólvora serpenteaba sobre los tejados de una Barcelona de piedra y polvo. El facedor de libros volvió la vista hacia la ciudad y su mirada se perdió en el espejismo de torres, palacios y callejones que palpitaban en el miasma de una perpetua tiniebla apenas quebrada por antorchas y carruajes que se arrastraban arañando los muros.

Algún día caerán las murallas y Barcelona se esparcirá bajo el cielo como una lágrima de tinta sobre agua bendita.

El facedor de libros sonrió al recordar aquellas palabras que había pronunciado su buen amigo al abandonar la ciudad seis años antes.

Me llevo la memoria, prisionero de la belleza de sus calles y deudor de su alma oscura, a la que prometo regresar para rendir la mía y abrazarme en el más dulce de sus olvidos.

El eco de los cascos aproximándose a las murallas le rescató de su ensueño. El facedor de libros volvió la mirada al este y vislumbró el cortejo que enfilaba ya el camino que conducía a la gran puerta de San Antonio.

La carroza fúnebre era negra y estaba tramada de relieves y figuras talladas que serpenteaban en torno a un habitáculo acristalado velado por cortinajes de terciopelo. Venía escoltada por dos jinetes. Cuatro corceles adornados con plumajes y galas mortuorias tiraban de ella mientras las ruedas levantaban a su paso una nube de polvo que prendía al ámbar del crepúsculo. Sobre el pescante se recortaba la figura de un cochero que llevaba el rostro cubierto y tras él, coronando la carroza como un mascarón de proa, se alzaba la silueta de un ángel de plata.

El facedor de libros bajó los ojos y suspiró apesadumbrado. Supo entonces que no estaba solo y no necesitó apenas volver la vista para reconocer la presencia del caballero a su lado. Sintió aquel soplo de aire frío y aquel perfume de flores secas que siempre le acompañaban.

—Dicen que un buen amigo es aquel que sabe recordar y olvidar a un tiempo —dijo el caballero—. Veo que no ha olvidado usted la cita, Sempere.

—Ni usted la deuda, *signore*.

El caballero se aproximó hasta detener su rostro pálido a un palmo apenas del facedor de libros y Sempere pudo apreciar su propio reflejo en el oscuro espejo de aquellas pupilas que cambiaban de color y se estrechaban como las de un lobo a la vista de sangre fresca. El caballero no había envejecido un solo día y vestía las mismas galas. Sempere sintió un escalofrío y un profundo deseo de echar a correr, pero se limitó a asentir cortésmente.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó.

—El olor a tinta le delata, Sempere. ¿Ha impreso algo bueno recientemente que me pueda recomendar?

El facedor de libros reparó en el tomo que el caballero portaba en las manos.

—La mía es una imprenta modesta que no alcanza a plumas dignas de su paladar. Además, se diría que el *signore* ya tiene lectura para la velada.

El caballero desgranó su sonrisa tramada de dientes blancos y afilados. El facedor de libros desvió la mirada hacia el cortejo, que ya estaba a umbrales de la muralla. Sintió la mano del caballero posándose en su hombro y apretó los dientes para no temblar.

—No tenga miedo, amigo Sempere. Llegarán antes los estertores de Avellaneda y de la jauría de infelices y envidiosos que imprime su amigo Sebastián de Comella a la posteridad que el alma de mi querido Antoni de Sempere a la humilde posada que regento. No tiene usted nada que temer de mí.

—Algo parecido le dijo usted a don Miguel hace cuarenta y seis años.

—Cuarenta y siete. Y no mentía.

El facedor de libros cruzó brevemente la mirada con el caballero y por un instante de ensueño creyó ver en su rostro una tristeza tan grande como la que le embargaba a él.

—Pensaba que esta era una jornada de triunfo para usted, *signor* Corelli —apuntó.

—La belleza y el conocimiento son la única luz que ilumina este miserable establo que estoy condenado a recorrer, Sempere. Su pérdida es la mayor de mis penas.

A sus pies, el cortejo fúnebre estaba cruzando la puerta de San Antonio. El caballero hizo un ademán e invitó al impresor a abrir paso.

—Venga conmigo, Sempere. Démosle la bienvenida a nuestro buen amigo don Miguel a la Barcelona que tanto quiso.

Y con aquellas palabras, el viejo Sempere se abandonó al recuerdo y a la memoria de aquel lejano día en que, no muy lejos de aquel lugar, había conocido a un joven que llevaba por nombre Miguel de Cervantes Saavedra y cuyo destino y memoria habría de quedar unido al suyo y al de su nombre en la noche de los tiempos…

Barcelona, 1569

Eran tiempos de leyenda en los que la historia no tenía más artificio que la memoria de lo nunca acontecido y la vida no alcanzaba más ensueño que lo fugaz y pasajero. En aquellos días los aprendices de poeta portaban hierro en el cinto y cabalgaban sin conciencia ni destino soñando con versos de filo envenenado. Barcelona era por entonces villa y fortaleza mecida en el regazo de un anfiteatro de montañas sembradas de bandoleros que se ocultaba a espaldas de un mar color vino calado de luz y de piratas. A sus puertas se colgaba a ladrones y villanos para ahuyentar la codicia por lo ajeno, y entre sus murallas, que amenazaban con reventar, se batían comerciantes, sabios, cortesanos e hidalgos de toda condición y vasallaje al servicio de un laberinto de conjuras, dineros y alquimias cuya fama alcanzaba los horizontes y anhelos del mundo conocido y soñado. Se decía que allí habían derramado su sangre reyes y santos, que las palabras y el saber encontraban cobijo y que con una moneda en las manos y una mentira en los labios cualquier aventurero podría besar la gloria, acostarse con la muerte y amanecer bendito entre atalayas y catedrales para hacer nombre y fortuna.

A semejante lugar que nunca existió y de cuyo nombre estaba condenado a acordarse todos los días de su vida llegó una noche de San Juan un joven hidalgo de los de pluma y espada montando un famélico jamelgo que apenas podía sostenerse ya en pie tras varios días al galope. Portaba en sus lomos al por entonces desposeído Miguel de Cervantes Saavedra, natural de ninguna parte y de todas, y a una joven cuyo semblante se diría robado del lienzo de uno de los grandes maestros. Y se diría bien, pues fue sabido más tarde que la muchacha llevaba por nombre Francesca di Parma y había conocido la luz y la palabra en la Ciudad Eterna hacía apenas diecinueve primaveras.

Quiso el destino que el escuálido jumento, concluido su heroico trote y rezumando espumarajos por el hocico, se desplomase exánime a pocos pasos de las puertas de Barcelona y que los dos amantes, pues tal era su secreta condición, anduvieran bajo un cielo sangrado de estrellas por las arenas de la playa hasta alcanzar el confín de las murallas y, viendo el aliento de mil hogueras alzándose en el cielo y tiñendo la noche de cobre líquido, decidieran buscar fonda y refugio en aquel lugar que semejaba un palacio de tinieblas construido sobre la mismísima fragua de Vulcano.

En similares pero menos floridos términos fue referido más tarde el episodio de la llegada a Barcelona de don Miguel de Cervantes y su amada Francesca al notable facedor de libros, don Antoni de Sempere, con taller y domicilio junto a la puerta de Santa Ana, por un mozo cojuelo de humildes trazas, imponente nariz y vivo ingenio llamado Sancho Fermín de la Torre que, reconociendo la necesidad de los recién

llegados, se ofreció de buena voluntad a guiarles a cambio de unas monedas. Fue así como la pareja encontró alojamiento y sustento en una finca lúgubre y retorcida sobre sí misma como un tronco esquivo. Y fue así como, por ventura de las artes de Sancho y a espaldas del destino, el facedor de libros trabó conocimiento con el joven Cervantes, con quien le uniría una profunda amistad hasta el fin de sus días.

Poco saben los estudiosos de las circunstancias que precedieron a la llegada de don Miguel de Cervantes a la ciudad de Barcelona. Los iniciados en tales materias refieren que muchas penurias y miserias habían precedido a aquel momento en la vida de Cervantes y que muchas más, desde batallas a injustas condenas y prisión o la virtual pérdida de una mano en combate, le esperaban antes de poder gozar de escasos años de paz en el ocaso de su vida. Fueran cuales fuesen los entresijos del destino que le había llevado hasta allí, en virtud de lo que pudo colegir el ufano Sancho, un gran agravio y una mayor amenaza le pisaban los talones.

Sancho, hombre afín a los relatos de cálidos amoríos y a autos sacramentales de recia moraleja, alcanzó a inferir que en el corazón de tamaña intriga debía de obrar como fulcro y cascabel la presencia de aquella joven de belleza y encantos sobrenaturales que llevaba por nombre Francesca. Era su piel un aliento de luz, su voz un suspiro que hacía palpitar los corazones, y su mirada y sus labios una promesa de placeres cuya glosa escapaba a la métrica del pobre Sancho, a quien el embrujo que insinuaban las formas que se dibujaban bajo aquellas ropas de seda y encaje alteraban pulso y razón. Determinó así Sancho que con toda probabilidad el joven poeta, habiendo bebido de aquel veneno celestial, estaba más allá de toda salvación porque no podía haber hombre cabal bajo el cielo que no hubiese vendido su alma, su montura y sus estribos por un instante de asueto en brazos de aquella sirena.

—Amigo Cervantes, no corresponde a un triste palurdo como yo decirle a vuecencia que rostro y hechura semejante nublan la razón de cualquier varón en estado respiratorio, pero la nariz, que tras la tripa es mi órgano más sagaz, me lleva a pensar que de donde fuere que haya usted sustraído tamaña pieza de mujerío no se lo van a perdonar y que no hay mundo suficiente donde ocultar una Venus de tan delicioso calibre —aseveró Sancho.

Huelga decir que en pos del drama y la puesta en escena, el verbo y la musicalidad del palabrerío del buen Sancho han sido recompuestos y estilizados por la pluma de este, vuestro humilde y seguro narrador, pero que la esencia y la sabiduría de su juicio restan incólumes y sin adulterar.

—Ay, amigo mío, si yo le contara… —suspiró un Cervantes azorado.

Y contar hizo, pues corría en sus venas el vino de la narración y había querido el cielo que fuera su práctica el contarse primero a sí mismo las cosas del mundo para poder entenderlas y luego contárselas a los demás, vestidas en la música y la luz de la literatura, porque intuía que si la vida no era un sueño era al menos pantomima donde el cruel absurdo del relato fluía siempre entre bambalinas, y no había entre cielo y suelo venganza mayor ni más efectiva que el esculpir la belleza y el ingenio a golpe

de palabras para encontrar el sentido en el sinsentido de las cosas.

El relato de cómo había llegado a Barcelona huyendo de tremendos peligros y cuál era el origen y naturaleza de aquella prodigiosa criatura llamada Francesca di Parma fue referido por don Miguel de Cervantes siete noches después. A instancias de Cervantes, Sancho le había puesto en contacto con Antoni de Sempere, pues al parecer el joven poeta había compuesto una obra dramática, una suerte de romance de embrujos, sortilegios y pasiones desatadas, que deseaba ver consagrado al papel.

—Es vital que vea impresa mi obra antes de la próxima luna, Sancho. Mi vida y la de Francesca dependen de ello.

—¿Cómo puede depender la vida de alguien de un hatajo de versos y de la conjunción de la luna, maestro?

—Créeme, Sancho. Que sé lo que me digo.

Sancho, que secretamente no creía en más poesías o astronomías que las que prometía el buen yantar y un generoso revolcón en la paja con una moza de disposición mullida y risa fácil, confió en las palabras de su patrón e hizo los oficios para propiciar el encuentro. Dejaron a la bella Francesca dormir el sueño de las ninfas en sus aposentos y salieron al anochecer. Se habían citado con Sempere en un mesón que quedaba a la sombra de la gran catedral de los pescadores, la llamada basílica de Santa María del Mar, y allí, en un rincón a la luz de candiles, departieron un buen vino y una hogaza de pan con tocino salado. La parroquia la formaban pescadores, piratas, asesinos e iluminados. Risas, riñas y espesas nubes de humo flotaban en la penumbra áurea del bodegón.

—Cuéntele a don Antoni lo de su comedia —animó Sancho.

—En realidad es una tragedia —matizó Cervantes.

—¿Y cuál es la diferencia, si disculpa el maestro mi supina ignorancia de los finos géneros líricos?

—La comedia nos enseña que la vida no hay que tomarla en serio y la tragedia nos enseña lo que pasa cuando no hacemos caso de lo que la comedia nos enseña —explicó Cervantes.

Sancho asintió sin pestañear y remató la faena prodigando una dentellada feroz al tocino.

—Qué grande es la poesía —murmuró.

Sempere, magro de encargos en aquellos días, escuchaba al joven poeta, intrigado. Cervantes portaba un fajo de folios en un cartapacio que mostró al facedor de libros. Este los examinó con atención, deteniéndose a leer al vuelo algunos giros y frases del texto.

—Aquí hay trabajo para varios días…

Cervantes extrajo una bolsa del cinto y la dejó caer sobre la mesa. De la bolsa asomaban un puñado de monedas. Tan pronto el vil metal relució a la llama de las velas, Sancho procedió a ocultarlo con gesto angustiado.

—Por Dios, maestro, no enseñe estas finas viandas por aquí que estos lares

rebosan rufianes y matarifes que le cortarían a usted y a nosotros el gaznate solo por olfatear el perfume que estos doblones desprenden.

—Sancho dice bien, amigo mío —confirmó Sempere, escrutando a la concurrencia con la mirada.

Cervantes ocultó los dineros y suspiró.

Sempere le sirvió otra copa de vino y procedió a examinar los folios del poeta con más detalle. La obra, una tragedia en tres actos y una epístola según su autor, llevaba por título *Un Poeta en los Infiernos* y narraba los trabajos de un joven artista florentino que de la mano del espectro de Dante se adentra en las simas del averno para rescatar el alma de su amada, hija de una familia de nobles crueles y corruptos que la habían vendido al príncipe de las tinieblas a cambio de fama, fortuna y gloria en el mundo finito y terrenal. La escena final tenía lugar en el interior del Duomo, donde el héroe debía arrancar de las garras de un ángel de luz y fuego el cuerpo exánime de su pretendida.

Sancho pensó que aquello sonaba a siniestro romance de títeres, pero no dijo nada porque intuía que en aquellos menesteres los letraheridos tenían la piel fina y no encajaban con gusto la réplica.

—Cuénteme cómo llegó usted a componer esta obra, amigo mío —invitó Sempere.

Cervantes, que ya llevaba por entonces tres o cuatro copas de vino entre pecho y espalda, asintió. Saltaba a la vista que deseaba descargar su conciencia del secreto que arrastraba.

—No tema, amigo mío, que Sancho y yo guardaremos su secreto, sea cual sea.

Sancho alzó su copa de vino y brindó por tan noble sentimiento.

—La mía es la historia de una maldición —empezó Cervantes, dudando.

—Como la de todos los aprendices de poeta —dijo Sempere—. Prosiga.

—Es la historia de un hombre enamorado.

—Lo dicho. Pero no tema, que son las favoritas del público —aseguró Sempere.

Sancho asintió repetidamente.

—El amor es la única piedra que siempre tropieza con el mismo hombre —convino—. Y espere usted a ver a la moza en cuestión, Sempere —apuntó reprimiendo un regüeldo—. De las que solidifican el espíritu.

Cervantes le clavó una mirada de censura.

—Discúlpeme el caballero —ofreció Sancho—. Es este vinillo ruin, que habla por mí. La virtud y pureza de la dama son a todas luces irrefutables y quiera Dios que se desplome el cielo sobre mi hueca cabeza si en algún momento albergué pensamiento impuro al respecto.

Los tres contertulios alzaron la vista brevemente al techo de la bodega, y a la vista de que el creador no estaba de guardia y no se produjo percance alguno, sonrieron y alzaron sus copas para brindar por la feliz ocasión de su encuentro. Y fue así como el vino, que hace sinceros a los hombres cuando menos lo necesitan y les da valor

cuando deberían permanecer cobardes, persuadió a Cervantes a narrar la historia dentro de la historia, aquello que los asesinos y los locos llaman la verdad.

Un Poeta en los Infiernos

Dice el proverbio que un hombre debe caminar mientras todavía tiene piernas, hablar mientras todavía tiene voz y soñar mientras todavía conserva la inocencia, porque tarde o temprano ya no podrá mantenerse en pie, ya no tendrá aliento y no anhelará más sueño que la noche eterna del olvido. Con estas palabras por alforja, una orden de busca y captura a su nombre a consecuencia de un duelo acontecido en turbias circunstancias, y con el fuego de los pocos años en las venas, partió de la villa de Madrid un día del año de nuestro señor 1569 el joven Miguel de Cervantes rumbo a las legendarias ciudades de Italia en busca de los prodigios, la belleza y la ciencia que quienes las conocían aseguraban poseían en mayor medida y gracia que ningún otro lugar que pudiera encontrarse en los mapas de reino. Muchas fueron las aventuras y desventuras que allí le acontecieron, pero de todas ellas, la mayor fue la de cruzar su destino con aquella criatura de luminosidad imposible que llevaba por nombre Francesca y en cuyos labios conoció cielo e infierno y en cuyo anhelo sellaría por siempre su destino.

Tenía apenas diecinueve años y ya había perdido toda esperanza en la vida. Era la última hija de una familia ruin y desheredada que malvivía en un caserón colgante sobre las aguas del río Tíber en la milenaria ciudad de Roma. Sus hermanos, patanes trapaceros de mala sangre, holgazaneaban y perpetraban hurtos y crímenes de poca monta con los que apenas conseguían llevarse un mendrugo a la boca. Sus padres, dos ancianos prematuros que afirmaban haberla concebido en el otoño de sus miserias, no eran sino un par de mezquinos farsantes que habían encontrado a la pequeña Francesca llorando en el regazo todavía tibio de su verdadera madre, una muchacha sin nombre que había muerto dando a luz a la criatura bajo los arcos del antiguo puente del castillo de Sant'Angelo.

Dudando en lanzar a la criatura al río y llevarse tan solo la medalla de cobre que su madre llevaba al cuello, el par de rufianes reparó en la prodigiosa perfección del bebé y decidieron quedárselo, pues a buen seguro podrían encontrar un buen precio por semejante dádiva entre las familias más refinadas de los escalones pudientes de la corte. A medida que pasaban los días, las semanas y los meses, su codicia fue en aumento, pues la pequeña se revelaba día a día como una criatura de tal belleza y encanto que en las mentes de sus captores su valor y cotización no podía sino ir al alza. Cuando había cumplido los diez años, un poeta florentino de paso por Roma la vio un día acercarse a recoger agua al río, no muy lejos de donde había nacido y perdido a su madre, y al enfrentar el embrujo de su mirada le dedicó unos versos allí mismo y le entregó el que habría de ser su nombre, Francesca, pues su familia adoptiva no se había molestado en otorgarle uno. Creció así Francesca hasta florecer en una mujer de perfumes exquisitos y presencia que detenía las conversaciones y

paraba el tiempo. Por aquel entonces tan solo la infinita tristeza de su mirada empañaba la estampa de una belleza que escapaba a las palabras.

Pronto artistas de toda Roma empezaron a ofrecer suculentos emolumentos a sus padres y explotadores para poder utilizarla como modelo para sus obras. Al verla tenían la certeza de que si alguien con talento y oficio era capaz de retener sobre el lienzo o el mármol apenas una décima parte de su embrujo, pasaría a la posteridad como el mayor artista de la historia. La puja por sus servicios no cesaba, y los antiguos pordioseros vivían ahora en un esplendor de nuevas riquezas, paseándose en vistosas y estridentes carrozas de cardenal, vistiendo sedas de colores y untándose las vergüenzas con perfumes con los que camuflar la ignominia que recubría sus corazones.

Llegada su mayoría de edad, y temiendo perder el tesoro que había fundamentado su fortuna, los padres de Francesca decidieron ofrecerla en matrimonio. En contra de la práctica de ofrecer una dote como correspondía a la familia de la novia según el uso de la época, su osadía los llevó a solicitar un pago sustantivo a cambio de otorgar la mano y el cuerpo de la doncella al mejor postor. Una puja sin precedentes tuvo lugar, de la cual salió ganador uno de los más célebres y renombrados artistas de la ciudad, don Anselmo Giordano. Giordano era ya por entonces un hombre en el último soplo de la madurez, cuerpo y alma castigados por décadas de exceso, y corazón envenenado de codicia y envidia porque pese a todos los parabienes, fortuna y alabanzas que su obra había cosechado, su sueño secreto era que su nombre y su reputación sobrepasaran las de Leonardo.

El gran Leonardo llevaba ya cinco décadas muerto, pero Anselmo Giordano nunca había podido olvidar, ni perdonar, el día en que, siendo apenas un adolescente, había acudido al taller del maestro para ofrecerse como aprendiz. Leonardo examinó algunos de los bocetos que traía y tuvo palabras amables para él. El padre del joven Anselmo era un banquero de renombre a quien Leonardo debía uno o dos favores y el muchacho estaba convencido de que su puesto en el taller del mayor artista de su tiempo estaba asegurado. Cuál sería su sorpresa cuando Leonardo, no sin tristeza, le dijo que reconocía en su trazo algo de talento, pero no el suficiente para hacerle diferente de mil y un aspirantes como él que nunca llegarían a rozar la medianía. Le dijo que tenía algo de ambición, pero no la suficiente para distinguirle de mil y un aprendices que nunca serían capaces de sacrificar lo que era necesario para merecer la luz de la verdadera inspiración. Y por fin le dijo que tal vez podría adquirir algo de oficio, pero nunca el suficiente como para que mereciese la pena dedicar su vida a una profesión donde solo los genios conseguían malvivir.

—Joven Anselmo —le dijo Leonardo—, no le entristezcan mis palabras, sino vea en ellas una bendición, pues la posición de su gentil progenitor hará de usted un hombre rico de por vida que no tendrá que luchar con el pincel y el cincel por su sustento. Será usted un hombre afortunado, será usted un hombre querido y respetado por sus conciudadanos, pero lo que nunca será, aunque tuviese todo el oro del mundo,

es un genio. Hay pocos destinos más crueles y amargos que el de un artista mediocre que pasa la vida envidiando y maldiciendo a sus competidores. No malgaste su vida en un destino aciago. Deje que el arte y la belleza los creen otros que no tienen más remedio. Y con el tiempo aprenda a perdonar mi sinceridad, que hoy le duele, pero mañana, si la acepta de buena voluntad, le salvará de su propio infierno.

Con estas palabras despachó el maestro Leonardo al joven Anselmo, que habría de vagar horas en llanto de rabia por las calles de Roma. Cuando regresó a la casa de su padre le anunció que no deseaba estudiar con Leonardo, a quien no consideraba más que un farsante que fabricaba obras vulgares para una masa de ignorantes que no sabían apreciar el verdadero arte.

—Yo seré un artista puro, solo para aquellos elegidos que puedan entender la profundidad de mi empeño.

Su padre, hombre paciente y, como todos los banqueros, mejor conocedor de la naturaleza humana que el más sabio de los cardenales, le abrazó y le dijo que no temiese, que nunca le faltaría nada, ni sustento, ni admiradores, ni elogios para su obra. El banquero, antes de morir, se aseguró de que así fuese.

Anselmo Giordano nunca perdonó a Leonardo, porque un hombre es capaz de perdonarlo todo menos que le digan la verdad. Cincuenta años más tarde, su odio y su deseo de ver desacreditado al falso maestro eran mayores que nunca.

Cuando Anselmo Giordano oyó la leyenda de la joven Francesca en voz de poetas y pintores, envió a sus sirvientes con una bolsa de monedas de oro al domicilio de la familia y solicitó su presencia. Los padres de la joven, engalanados como monas de circo en visita a la corte de Mantua, se presentaron en casa de Giordano escoltando a la joven, que vestía apenas unos humildes harapos. Al posar el artista sus ojos sobre ella sintió que el corazón le daba un vuelco. Todo cuanto había oído era cierto y más. No existía ni había existido en la tierra semejante belleza, y supo, como solo lo puede saber un artista, que su encanto no provenía como todos creían de aquella piel y aquel cuerpo cincelado, sino de la fuerza y de la luminosidad que emanaba de su interior, de sus ojos tristes y desolados, de sus labios acallados por el destino. Tal fue la impresión que causó Francesca di Parma en el maestro Giordano que tuvo la certeza de que no podía dejarla escapar, que no podía permitir que posara para ningún otro artista y que aquella maravilla de la naturaleza solo podía ser suya y de nadie más. Solo así conseguiría crear una obra que le ganase el favor de las gentes por encima de la del deleznable y abyecto Leonardo. Solo así su reputación y su fama excederían las del difunto Leonardo, cuyo nombre ya no tendría que molestarse en despreciar en público, porque una vez alcanzase la cima sería él quien podría permitirse ignorarlo y pretender que su obra nunca había existido más que como pábulo de palurdos e ignorantes. En aquel instante formalizó Giordano una oferta que rebasó los más áureos sueños del par de miserables que se decían padres de Francesca. La boda, a celebrarse en la capilla del palacio de Giordano, habría de tener lugar a la semana. Francesca no pronunció palabra alguna durante la transacción.

Siete días más tarde, el joven Cervantes andaba vagando por la ciudad en busca de inspiración cuando el séquito que acompañaba una gran carroza dorada se abrió camino entre el gentío. Al cruzar la Via del Corso, la procesión se detuvo un instante y fue entonces cuando la vio. Francesca di Parma, enfundada en las más delicadas sedas que los artesanos florentinos habían tejido, lo contemplaba en silencio desde la ventana de la carroza. Fue tal la profundidad de la tristeza que leyó en su mirada, tal la fuerza de aquel espíritu robado al que conducían a su prisión, que Cervantes sintió que le invadía la fría certeza de que, por primera vez en su vida, había encontrado la línea de su verdadero destino en el rostro de una desconocida.

Al ver alejarse el cortejo, Cervantes preguntó quién era aquella criatura y las gentes que pasaban le refirieron la historia de Francesca di Parma. Al escucharles recordó que había oído habladurías y rumores sobre ella, pero no les había dado crédito y los había atribuido a la calenturienta fabulación de los dramaturgos locales. Sin embargo, era cierta la leyenda. La belleza sublime se había encarnado en una muchacha sencilla y humilde y, como podía esperarse, las gentes no habían hecho sino asegurar su desgracia y humillación. Quiso el joven Cervantes seguir el cortejo hasta el palacio de Giordano, pero le faltó fuerza. A sus ojos la fiesta y el jolgorio eran una música funesta y cuanto veía no le parecía más que la tragedia de la destrucción de la pureza y la perfección a manos de la codicia, la miseria y la ignorancia de los hombres. Partió rumbo a su albergue, contracorriente de la muchedumbre que deseaba seguir las nupcias extramuros del palacio del célebre artista, invadido por una tristeza casi tan grande como la que había conocido en la mirada de la muchacha sin nombre.

Aquella misma noche, mientras el maestro Giordano retiraba del cuerpo de Francesca di Parma las sedas que lo envolvían y acariciaba cada centímetro de su piel con incredulidad y lujuria, la casa de la antigua familia de la joven, construida en un atrevido emplazamiento sobre el Tíber, no pudiendo soportar el peso de los tesoros y oropeles acumulados a su costa, se vino abajo en las aguas heladas del río con todos los integrantes del clan atrapados en su interior, a los que nadie volvería a ver.

No muy lejos de allí, a la luz de un candil, Cervantes, incapaz de conciliar el sueño, enfrentaba papel y tinta para escribir sobre cuanto había presenciado aquel día. Las manos y el verbo le flaquearon cuando intentó describir la impresión que le había causado el cruzar la mirada con la doncella Francesca en aquel breve instante en la Via del Corso. Todo el arte que creía poseer se desmenuzó a pie de pluma y ni una sola palabra quedó prendida en la página. Se dijo entonces que si por ventura pudiera llegar a ser capaz de capturar en su literatura apenas una décima parte de la magia de aquella presencia, su nombre y su reputación se elevarían entre las de los más grandes poetas de la historia y haría de él un rey entre narradores, un príncipe de Parnaso cuya luz iluminaría el paraíso perdido de la literatura y, de paso, borraría de la faz de la tierra la odiosa reputación del pérfido dramaturgo Lope de Vega, a quien la fortuna y la gloria no cesaban de sonreír y quien cosechaba éxitos sin precedente desde su

primera juventud mientras que él apenas conseguía pergeñar un verso que no avergonzase el papel sobre el que lo había escrito. Instantes después, al reconocer la negrura de su anhelo, sintió vergüenza de su vanidad y de la insana envidia que le carcomía y se dijo que no era mejor hombre que el viejo Giordano, que en aquellos instantes debía de estar lamiendo la miel prohibida con sus labios de embustero y explorando los secretos robados a golpe de doblón con manos temblorosas y sucias de infamia.

En su infinita crueldad, intuyó, Dios había abandonado la belleza de Francesca di Parma en manos de los hombres para recordarles la fealdad de sus almas, la miseria de sus empeños y la inquina de sus deseos.

Pasaron los días sin que el recuerdo de aquel breve encuentro se borrase de su memoria. Cervantes intentaba trabajar en su escritorio y conjugar las piezas de un drama que pudiera dar satisfacción al público y capturar su imaginación como los que componía Lope sin aparente esfuerzo, pero cuanto su mente era capaz de evocar era la pérdida que la imagen de Francesca di Parma había plantado en su corazón. Por cuentas del drama que se había propuesto componer, su pluma alumbraba página tras página de un turbio romance a través de cuyos versos intentaba rehacer la historia perdida de la muchacha. En su relato, Francesca no tenía memoria y era una página en blanco; su personaje, un destino por escribir que solo él podía fabular, una promesa de pureza que le devolvería la voluntad de creer en algo limpio e inocente en un mundo de mentiras y engaños, de mezquindad y condena. Pasaba las noches en vela azotando la imaginación y tensando las cuerdas del ingenio hasta la extenuación y aun así, al alba, releía sus folios y los entregaba al fuego porque sabía que no merecían compartir la luz del día con la criatura que los había inspirado y que se consumía lentamente en la cárcel que Giordano, a quien nunca había visto pero ya detestaba con todo su ser, había construido para ella entre los muros de su palacio.

Los días se apilaban en semanas y las semanas en meses, y pronto hubo pasado medio año desde la boda entre don Anselmo Giordano y Francesca di Parma sin que nadie en toda Roma los hubiese vuelto a ver. Se sabía que los mejores mercaderes de la ciudad hacían entrega de provisiones a las puertas de palacio y eran recibidos por Tomaso, el criado personal del maestro. Se sabía que el taller de Antonio Mercanti proveía semanalmente de lienzos y materiales para el trabajo del maestro. Pero ni un alma podía decir que hubiese visto en persona al artista o a su joven esposa. El día en que se cumplían seis meses de la alianza, Cervantes se encontraba en las dependencias de un afamado empresario teatral que regentaba varios de los grandes escenarios de la ciudad y que siempre estaba a la búsqueda de nuevos autores con talento, hambre y disposición a trabajar por una limosna. Merced a la recomendación de varios colegas, Cervantes había conseguido una audiencia con don Leonello, un extravagante gentilhombre de maneras ampulosas y nobles vestiduras que coleccionaba frascos de cristal sobre su escritorio con las supuestas secreciones íntimas de grandes cortesanas cuya virtud había cosechado en flor, y llevaba un

pequeño broche en forma de ángel en la solapa. Leonello le hizo permanecer de pie mientras leía por encima las páginas del drama, fingiendo aburrimiento y desdén.

—*Un Poeta en los Infiernos* —murmuraba el empresario—. Está ya visto. Otros han contado esta historia antes que usted, y mejor. Lo que yo busco, digamos, es innovación. Valentía. Visión.

Cervantes sabía por experiencia que quienes dicen buscar esas nobles virtudes en el arte son quienes normalmente resultan más incapaces de reconocerlas, pero también sabía que un estomago vacío y un bolsillo ligero restan argumentos y retórica al más pintado. Si algo le decía su instinto era que Leonello, que lucía aspecto de zorro viejo, en todo caso se sentía perturbado por la naturaleza del material que le había traído.

—Lamento haber hecho perder el tiempo de su señoría…

—No tan rápido —cortó Leonello—. He dicho que está visto, pero no que sea, digamos, excrementicio. Tiene usted algo de talento, pero le falta oficio. Y lo que no tiene es, digamos, gusto. Ni sentido de la oportunidad.

—Le agradezco su generosidad.

—Y yo el sarcasmo, Cervantes. Ustedes los españoles sufren de exceso de orgullo y de defecto de constancia. No se rinda tan pronto. Aprenda de su compatriota Lope de Vega. Genio y figura, como dicen ustedes.

—Lo tendré en cuenta. ¿Ve entonces su excelencia alguna posibilidad de aceptar mi obra?

Leonello rio de buena gana.

—¿Acaso vuelan los gorrinos? Nadie quiere ver, digamos, dramas desesperanzados que le vengan a contar que el corazón de los hombres está podrido y que el infierno es uno mismo y el prójimo, Cervantes. La gente va al teatro a reír, a llorar y a que le recuerden lo buena y noble que es. Usted todavía no ha perdido la ingenuidad y cree que tiene, digamos, la verdad por contar. Se le curará con los años, o eso espero, porque no me gustaría verle en la hoguera o pudriéndose en un calabozo.

—Entonces no cree que mi obra pueda interesar a nadie…

—No he dicho eso. Digamos que conozco a quien tal vez sí podría estar interesado.

Cervantes sintió que se le aceleraba el pulso.

—Qué previsible es el hambre —suspiró Leonello.

—El hambre, a diferencia de los españoles, no tiene orgullo y rebosa constancia —ofreció Cervantes.

—¿Lo ve? Tiene usted algo de oficio. Sabe dar la vuelta a una sentencia y construir una línea, digamos, dramática de réplica. Es de principiante, pero más de un patán con obras en escena no sabe ni escribir un mutis por el foro…

—¿Puede usted ayudarme entonces, don Leonello? Puedo hacer lo que sea y aprendo rápido.

—No me cabe duda de ello…

Leonello le observaba, dudando.

—Cualquier cosa, excelencia. Se lo ruego…

—Hay algo que quizás pudiera interesarle. Pero tiene sus, digamos, riesgos.

—El riesgo no me asusta. No más que la miseria, al menos.

—En ese caso… conozco a cierto caballero con el que tengo un, digamos, acuerdo. Cuando se tropieza en mi camino una joven promesa con cierto potencial como, digamos, usted, se lo envío y él, digamos, me lo agradece. A su manera.

—Soy todo oídos.

—Eso es lo que me preocupa… Se da la circunstancia de que el caballero en cuestión está, digamos, de paso en la ciudad.

—¿Es el caballero un empresario teatral como su excelencia?

—Digamos que es algo parecido. Un editor.

—Mejor aún…

—Si usted lo dice. Dispone de dependencias en París, Roma y Londres y siempre anda en busca de un tipo especial de talento. Como el suyo, digamos.

—Le agradezco enormemente el…

—No me lo agradezca. Vaya a verle y dígale que va de mi parte. Pero dese prisa. Me consta que está en la ciudad solo por unos días…

Leonello anotó un nombre en un folio y se lo tendió.

Andreas Corelli
Stampa della Luce

—Le encontrará en la Locanda Borghese, al anochecer.

—¿Cree usted que le interesará mi obra?

Leonello sonrió enigmáticamente.

—Buena suerte, Cervantes.

Al caer la noche Cervantes se enfundó la única muda limpia que tenía y se encaminó a la Locanda Borghese, una villa rodeada de jardines y canales que quedaba no muy lejos del palacio de don Anselmo Giordano. Un sirviente circunspecto le sorprendió al pie de las escalinatas al anunciar que se le esperaba y que Andreas Corelli le recibiría en uno de los salones en breve. Cervantes imaginó que tal vez Leonello era más bondadoso de lo que se pintaba y había enviado una nota de recomendación a su amigo el editor en su favor. El sirviente condujo a Cervantes a una gran biblioteca oval que yacía en la penumbra y estaba caldeaba por una hoguera que proyectaba un intenso reluz ámbar que danzaba por las infinitas paredes de libros. Dos grandes sillones estaban enfrentados al fuego y Cervantes, tras dudar unos instantes, tomó asiento en uno de ellos. La danza hipnótica del fuego y su cálido aliento le envolvieron. Transcurrieron un par de minutos hasta que reparó en que no estaba solo. Una figura alta y angulosa ocupaba el otro sillón. Vestía de negro

y llevaba un ángel de plata idéntico al que había visto en la solapa de Leonello aquella tarde. Lo primero en que reparó fueron sus manos, las más grandes que jamás había visto, pálidas y armadas de dedos largos y afilados. Lo segundo fueron sus ojos. Dos espejos que reflejaban las llamas y su propio rostro, que no parpadeaban nunca y que parecían alterar el dibujo de las pupilas sin que un solo músculo del rostro se moviera lo más mínimo.

—Me dice el bueno de Leonello que es usted un hombre de gran talento y poca fortuna.

Cervantes tragó saliva.

—No permita que le inquiete mi aspecto, señor Cervantes. Las apariencias no siempre engañan, pero casi siempre atontan.

Cervantes asintió en silencio. Corelli sonrió sin separar los labios.

—Me trae usted un drama. ¿Me equivoco?

Cervantes le tendió el manuscrito y pudo ver que Corelli sonreía para sí mismo al leer el título.

—Es una primera versión —aventuró Cervantes.

—Ya no —dijo Corelli, pasando páginas.

Cervantes contempló cómo el editor iba leyendo con calma, sonriendo a ratos o alzando las cejas con sorpresa. Un vaso de vino y una botella con un caldo de color exquisito parecía haberse materializado en la mesa que mediaba entre ambas butacas.

—Sírvase, Cervantes. No solo de letras malvive el hombre.

Cervantes escanció el vino en un vaso y se lo llevó a los labios. Un aroma dulce y embriagador inundó su paladar. Apuró el vino en tres sorbos y sintió un deseo irreprimible de servirse más.

—Sin pudor, amigo mío. Una copa sin vino es un insulto a la vida.

Pronto Cervantes perdió la cuenta de los vasos que había saboreado. Una grata y reconfortante somnolencia se había apoderado de él y entre párpados caídos pudo ver que Corelli seguía leyendo el manuscrito. Campanadas de medianoche se escucharon en la lejanía. Poco después, cayó el telón de un sueño profundo y Cervantes se abandonó al silencio.

Cuando abrió de nuevo los ojos, la silueta de Corelli se recortaba frente a la hoguera. El editor estaba en pie frente a las llamas, dándole la espalda y sosteniendo su manuscrito en la mano. Sintió un leve amago de náusea, el regusto dulzón del vino en la garganta, y se preguntó cuánto tiempo había transcurrido.

—Algún día escribirá usted una obra maestra, Cervantes —dijo Corelli—. Pero esta no lo es.

Sin más, el editor lanzó el manuscrito al fuego. Cervantes se abalanzó hacia las llamas pero el fragor del fuego le detuvo. Contempló el fruto de su trabajo arder sin remedio, las líneas de tinta teñirse de llama azul y regueros de humo blanco recorrer las páginas como serpientes de pólvora. Desolado, se dejó caer de rodillas y cuando se volvió a Corelli vio que el editor le miraba con lástima.

—A veces un escritor necesita quemar mil páginas antes de escribir una que merezca llevar su firma. Usted apenas ha empezado. Su obra le espera en el umbral de su madurez.

—No tenía usted derecho a hacer eso…

Corelli sonrió y le ofreció la mano para ayudarle a incorporarse del suelo. Cervantes dudó, pero finalmente aceptó.

—Quiero que escriba algo para mí, amigo mío. Sin prisa. Aunque le lleve años, que se los llevará. Más de los que sospecha. Algo acorde con su ambición y con sus deseos.

—¿Qué sabe usted de mis deseos?

—Como casi todos los aspirantes a poeta, Cervantes, es usted como un libro abierto. Por eso, porque su *Poeta en los Infiernos* se me antoja un simple juego de niños, un sarampión que debe pasar, me propongo hacerle una oferta en firme. Una oferta para que escriba una obra a su altura, y a la mía.

—Ha quemado usted cuanto he podido escribir en meses de trabajo.

—Y le he hecho un favor. Ahora dígame de corazón si realmente cree que no estoy en lo cierto.

Le llevó su tiempo, pero Cervantes asintió.

—Y dígame si me equivoco al afirmar que en su corazón alberga la esperanza de crear una obra que eclipse a la de sus rivales, que empañe el nombre del tal Lope y su fecundo ingenio…

Cervantes quiso protestar, pero no le llegaban las palabras a los labios. Corelli le sonrió de nuevo.

—No tiene por qué avergonzarse de ello. Ni pensar que ese deseo hace de usted alguien como Giordano…

Cervantes alzó la vista, desconcertado.

—Por supuesto que conozco la historia de Giordano y su musa —respondió Corelli, anticipándose a su pregunta—. La conozco porque conozco al viejo maestro desde muchos años antes de que hubiese nacido usted.

—Anselmo Giordano es un miserable.

Corelli rio.

—No, no lo es. Es simplemente un hombre.

—Un hombre que merece pagar por sus crímenes.

—¿Usted cree? No me diga que también se va a batir en duelo con él.

Cervantes palideció. ¿Cómo podía saber el editor que había abandonado la villa de Madrid meses atrás huyendo de una orden de captura a raíz de un duelo en el que había participado?

Corelli se limitó a sonreírle con malicia y le señaló con un dedo acusador.

—¿Y qué crímenes son esos que atribuye al infeliz de Giordano, amén de su propensión a pintar escenas bucólicas de cabras, vírgenes y pastorcillos a gusto de comerciantes y obispos, y *madonnas* de busto turgente que alegran la vista de

feligreses en plena oración?

—Raptó a esa pobre muchacha y la mantiene presa en su palacio para satisfacer su codicia y su vileza. Para esconder su falta de talento. Para borrar su vergüenza.

—Que rápidos son los hombres en juzgar a sus semejantes por aquellas acciones que ellos mismos acometerían si la oportunidad se presentase…

—Yo nunca haría lo que él ha hecho.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

—¿Se atrevería a ponerse a prueba?

—No le entiendo…

—Dígame, señor Cervantes. ¿Qué sabe usted acerca de Francesca di Parma? Y no me regale con el poema de la doncella deshonrada y su cruenta infancia. Ya me ha demostrado que domina los rudimentos del teatro…

—Solo sé… que no merece vivir en una prisión.

—¿Es quizás por su belleza? ¿Acaso eso la ennoblece?

—Por su pureza. Por su bondad. Por su inocencia.

Corelli se relamió los labios.

—Aún está usted a tiempo de abandonar las letras y abrazar el sacramento del sacerdocio, amigo Cervantes. Mejor sueldo, aposentos y ni que decir tiene comidas calientes y abundantes. Hay que tener mucha fe para ser poeta. Más de la que profesa usted.

—Se ríe usted de todo.

—Solo de usted, Cervantes.

Cervantes se incorporó e hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Entonces le dejaré a solas para que ría a gusto vuesa merced.

Iba Cervantes a alcanzar la puerta de la sala cuando esta se cerró en sus mismas narices con tal fuerza que le derribó al suelo. Apenas acertaba a incorporarse cuando descubrió que Corelli estaba inclinado sobre él, dos metros de figura angulosa que parecía a punto de abalanzarse sobre sí y despedazarle.

—Levántese —ordenó.

Cervantes obedeció. Los ojos del editor parecían haber cambiado. Dos grandes pupilas negras se expandían sobre su mirada. Nunca había sentido tanto miedo. Dio un paso atrás y se encontró con la pared de libros.

—Le voy a dar una oportunidad, Cervantes. Una oportunidad de llegar a ser usted mismo y dejar de vagar por los caminos que le conducirían a vivir vidas que no son la suya. Y como en toda oportunidad, la elección final será suya. ¿Acepta mi oferta?

Cervantes se encogió de hombros.

—Mi oferta es esta. Escribirá usted una obra maestra, pero para hacerlo deberá usted perder lo que más ama. Su obra será celebrada, envidiada e imitada por los tiempos de los tiempos, pero en su corazón se abrirá un vacío mil veces mayor que el de la gloria y la vanidad de su ingenio porque solo entonces comprenderá la

verdadera naturaleza de sus sentimientos y solo entonces sabrá si es usted o no un hombre, como cree, mejor que Giordano y todos los que, como él, han caído antes de rodillas ante su propio reflejo al aceptar este desafío… ¿La acepta?

Cervantes intentó desviar la mirada de los ojos de Corelli.

—No le oigo.

—La acepto. —Se oyó decir.

Corelli le ofreció la mano y Cervantes la estrechó. Los dedos del editor se cerraron sobre los suyos como una araña y sintió en el rostro el aliento frío de Corelli que olía a tierra removida y flores muertas.

—Cada domingo, a medianoche, Tomaso, el criado de Giordano, abre el portón que da al callejón que queda oculto entre la arboleda al este del palacio y parte en busca de un frasco de tónico que el curandero Avianno confecciona para él con especias y agua de rosas y con el que quiere creer que puede recuperar el brío de la juventud. Esa es la única noche de la semana que los sirvientes y los escoltas del maestro tienen libre y el nuevo turno no llega hasta el amanecer. Durante la media hora que el criado está fuera, la puerta queda abierta y nadie custodia el palacio…

—¿Y qué espera de mí? —balbuceó Cervantes.

—La cuestión es qué espera usted de sí mismo, señor mío. ¿Es esta la vida que desea vivir? ¿Es este el hombre que desea ser?

Las llamas de la hoguera parpadeaban y se apagaban, las sombras avanzaban sobre los muros de la biblioteca como manchas de tinta derramada y envolvían a Corelli. Cuando Cervantes quiso responder, ya estaba solo.

Aquel domingo a medianoche, Cervantes esperaba oculto entre los árboles que flanqueaban el palacio de Giordano. No habían acabado de sonar las campanadas de madrugada cuando, tal y como había predicho Corelli, se abrió una pequeña puerta lateral y la silueta encorvada del viejo sirviente del artista echó a caminar pasaje abajo. Cervantes esperó a que su sombra se hubiese perdido en la noche y se deslizó hasta la puerta. Posó la mano en la manija y presionó. Tal y como había predicho Corelli, la puerta se abrió. Cervantes dio un último vistazo al exterior y, creyendo no haber sido avistado, entró. Tan pronto cerró la puerta a su espalda comprobó que le rodeaba una oscuridad absoluta y maldijo su escaso sentido común al no haber traído una vela o un farol con el que guiarse. Palpó los muros, húmedos y resbaladizos como las entrañas de una bestia, y avanzó a tientas hasta tropezar con el primer peldaño de lo que parecía una escalinata en espiral. Ascendió lentamente y al poco un leve aliento de claridad perfiló un arco de piedra que conducía a un gran corredor. El suelo del pasillo estaba tramado con grandes rombos blancos y negros de mármol, al uso de un tablero de ajedrez. Como un peón que avanzase furtivamente por la jugada, Cervantes se encaminó hacia el interior del gran palacio. No había recorrido siquiera todo el trayecto de aquella galería cuando empezó a advertir los marcos y lienzos abandonados junto a las paredes, tirados por el suelo y trazando lo que se antojaban los restos de un naufragio que se esparcían por todo el palacio. Cruzó frente al umbral

de cámaras y salones donde los retratos inacabados estaban apilados en estantes, mesas y sillas. Una escalera de mármol que ascendía a los pisos superiores estaba anegada de lienzos quebrados, algunos con restos de la furia con que su autor los había destruido. Al alcanzar el atrio central, Cervantes se encontró al pie de un gran haz de luz lunar vaporosa que se filtraba desde la cúpula que coronaba el palacio, donde revoloteaban palomas que proyectaban el eco de sus alas por pasillos y habitaciones en estado de ruina. Se arrodilló ante uno de los retratos y reconoció el rostro desdibujado en el lienzo, una semblanza inacabada, como todas, de Francesca di Parma.

Cervantes miró a su alrededor y vio cientos como aquella, todas descartadas, todas abandonadas. Comprendió entonces por qué nadie había vuelto a ver al maestro Giordano. El artista, en su empeño desesperado por recuperar la inspiración perdida y capturar la luminosidad de Francesca di Parma, había ido perdiendo la razón con cada pincelada. Su locura había dejado un rastro de lienzos inacabados que se esparcían por todo el palacio como la piel de una serpiente.

—Hace tiempo que le esperaba —dijo la voz a su espalda.

Cervantes se volvió. Un viejo emaciado, el cabello largo y enmarañado, las ropas sucias y los ojos vidriosos y enrojecidos, le observaba sonriendo desde un rincón de la sala. Estaba sentado en el suelo, una copa y una botella de vino por toda compañía. El maestro Giordano, uno de los más famosos artistas de su tiempo, convertido en un mendigo loco en su propia morada.

—Ha venido a llevársela, ¿no es verdad? —preguntó.

Cervantes no acertó a responder. El viejo pintor se sirvió otra copa de vino y la alzó en un brindis.

—Mi padre construyó este palacio para mí, ¿sabía usted? Dijo que me protegería del mundo. Pero ¿quién nos protege de nosotros mismos?

—¿Dónde está Francesca? —preguntó Cervantes.

El pintor le miró largamente, saboreando el vino con gesto sardónico.

—¿Realmente cree que triunfará usted donde tantos han fracasado?

—No busco triunfo alguno, maestro. Tan solo liberar a una muchacha que no merece vivir en un lugar como este.

—Valiente nobleza la de quien se miente hasta a sí mismo —dictaminó Giordano.

—No he venido aquí a discutir con usted, maestro. Si no me dice dónde está, yo la encontraré.

Giordano apuró la copa y asintió.

—No seré yo quien le detenga, joven.

Giordano alzó la vista hacia la escalinata que ascendía en la bruma hacia la cúpula. Cervantes escrutó la penumbra y la vio. Francesca di Parma, una aparición de luz entre tinieblas, descendía lentamente, su figura desnuda y descalza. Cervantes se apresuró a desprenderse de su capa y la cubrió, rodeándola con sus brazos. La infinita tristeza de su mirada se posó en él.

—Váyase el caballero de este lugar maldito mientras todavía hay tiempo —murmuró.

—Me iré, pero en su compañía.

Giordano aplaudía la escena desde su rincón.

—Soberbia escena. Los amantes a medianoche en la escalinata del cielo.

Francesca miró al viejo pintor, al hombre que la había tenido presa durante medio año, con ternura y sin asomo de rencor alguno. Giordano sonrió dulcemente, como un adolescente enamorado.

—Perdóname, amor, por no haber sido lo que tú merecías.

Cervantes quiso alejar a la joven de allí, pero ella seguía con la mirada prendida en su captor, un hombre que parecía ya en su último aliento. Giordano llenó de nuevo su copa de vino y se la ofreció.

—Un último sorbo de despedida, amor.

Francesca, deshaciendo el abrazo de Cervantes, se aproximó hasta Giordano y se arrodilló junto a él. Alargó la mano y le acarició el rostro surcado de arrugas. El artista cerró los párpados y se perdió en su contacto. Antes de partir, Francesca aceptó la copa y bebió del vino que le ofrecía. Bebió lentamente, con los ojos cerrados y sosteniendo la copa con ambas manos. Luego la dejó caer y el cristal estalló en mil pedazos a sus pies. Cervantes la sostuvo y ella se abandonó. Sin dedicarle una última mirada al pintor, Cervantes se dirigió a la puerta principal del palacio con la muchacha en sus brazos. Al salir al exterior se encontró con que los escoltas y los sirvientes le esperaban. Ninguno de ellos hizo ademán de detenerle. Uno de los guardias armados sostenía un caballo negro que le ofreció. Cervantes dudó antes de aceptar la montura. Tan pronto lo hizo, los escoltas abrieron formación y le miraron en silencio. Se aupó al caballo con Francesca entre sus brazos. Trotaba ya en dirección al sur cuando las llamas asomaron por la cúpula del palacio de Giordano y el cielo de Roma prendió de escarlata y ceniza.

Cabalgaban de día, pasando las noches en albergues y posadas donde las monedas que Cervantes había encontrado en las alforjas del caballo les permitieron refugiarse del frío y de las sospechas. Habrían de pasar un par de días hasta que Cervantes reparó en el aliento con perfume de almendras en los labios de Francesca, y en los círculos oscuros que empezaban a dibujarse alrededor de sus ojos. Cada noche, cuando la muchacha le entregaba su desnudez con abandono, Cervantes sabía que aquel cuerpo se estaba evaporando en sus manos, que la copa envenenada con que Giordano había querido liberarla y liberarse a sí mismo de la maldición ardía en sus venas y la estaba consumiendo. A lo largo de su ruta se detuvieron en los mejores hostales, donde doctores y sabios la examinaron sin acertar a descubrir su mal. Francesca se apagaba de día, apenas capaz de hablar o mantener los ojos abiertos, y resurgía de noche, en la penumbra del lecho, embrujando los sentidos del poeta y guiando sus manos. Al término de su segunda semana de camino, la encontró caminando bajo la lluvia frente al lago que se extendía junto al albergue donde se

habían detenido a pasar la noche. La lluvia resbalaba por su cuerpo y ella, de brazos abiertos, alzaba el rostro al cielo como si esperase que las gotas perladas que cubrían su piel pudieran arrancarle el alma maldita.

—Debes abandonarme aquí —le dijo—. Olvidarme y seguir tu camino.

Pero Cervantes, que veía cómo día a día se apagaba la luz de la muchacha, se prometió que nunca le iba a decir adiós, que mientras quedase un aliento en su cuerpo lucharía por mantenerla viva. Por mantenerla suya.

Cuando cruzaron los Pirineos en dirección a la Península, en un paso junto a la costa del Mediterráneo, y pusieron rumbo a la ciudad de Barcelona, Cervantes ya había acumulado cien páginas de un manuscrito que escribía todas las noches mientras contemplaba cómo dormía atrapada en un mal sueño. Sentía que sus palabras, las imágenes y los perfumes que conjuraban su escritura eran ya el único modo de mantenerla con vida. Cada noche, cuando Francesca se rendía en sus brazos y se abandonaba al sueño, Cervantes intentaba reescribir su alma febrilmente a través de mil y una ficciones. Cuando días más tarde su montura cayó muerta cerca de las murallas de Barcelona, el drama que había compuesto estaba ya terminado y Francesca parecía haber recobrado el pulso y el color en la mirada. Había soñado despierto mientras cabalgaba que en aquella ciudad a orillas del mar hallaría refugio y esperanza, que un alma amiga le ayudaría a encontrar quien imprimiese su manuscrito, y que solo cuando las gentes leyesen su historia y se perdieran en el universo de estampas y versos que había creado, la Francesca que había forjado con papel y tinta y la muchacha que agonizaba cada noche en sus brazos se harían una y regresaría a un mundo en el que la maldición y la penuria se podrían vencer con la fuerza de las palabras y en el que Dios, donde fuera que se ocultase, le permitiría vivir otro día a su lado.

(Extracto de *Las Crónicas Secretas de la Ciudad de los Malditos*, de Ignatius B. Samson.
Edición de Barrido y Escobillas Editores, S. A.,
Barcelona, 1924)

Barcelona, 1569

Enterraron a Francesca di Parma dos días después bajo un cielo encendido que resbalaba sobre el mar en calma y prendía de luz las velas de los buques anclados en la dársena del puerto. La muchacha había expirado durante la noche en brazos de Cervantes, en la habitación que ocupaban en el último piso de un viejo edificio de la calle Ancha. El impresor Antoni de Sempere y Sancho le acompañaban en el momento en que ella abrió por última vez los ojos y, sonriéndole, murmuró «libérame».

Sempere había concluido aquella tarde la impresión de una edición de la segunda versión de *Un Poeta en los Infiernos*, un romance en tres actos obra de don Miguel de Cervantes Saavedra, y había traído con él un ejemplar para mostrárselo a su autor, que no tuvo ánimos ni para leer su nombre en la cubierta. El impresor, cuya familia poseía una pequeña parcela cerca de la antigua puerta de Santa Madrona, junto a la calle de Trenta Claus, le ofreció dar sepultura a la muchacha en aquel humilde camposanto en el que, en los peores tiempos de la Inquisición, la familia Sempere había salvado libros de la hoguera escondiéndolos en sarcófagos que habían enterrado en un amago de cementerio y santuario de libros. Cervantes, rendido de gratitud, aceptó.

Al día siguiente, tras haber prendido fuego por segunda y última vez a su *Poeta en los Infiernos* en la arena de la playa, donde algún día el bachiller Sansón Carrasco habría de derrotar al ingenioso hidalgo Alonso Quijano, Cervantes abandonó la ciudad y partió, esta vez sí, con el recuerdo y la luz de Francesca en el alma.

Barcelona, 1610

Habrían de pasar cuatro décadas hasta que Miguel de Cervantes regresara de nuevo a la ciudad donde había enterrado su inocencia. Un caudal de desventuras, fracasos y penas habían jalonado el relato de sus días. Las mieles del reconocimiento, en su más misérrima y tacaña encarnación, no le habían sonreído hasta bien entrada la madurez. Y mientras que su admirado contemporáneo, el dramaturgo y aventurero Lope de Vega, había cosechado fama, fortuna y gloria desde su juventud, Cervantes no disfrutó de los laureles hasta demasiado tarde, porque el aplauso solo tiene valor cuando llega en momento de justicia. Cuando es flor marchita y tardía no es sino insulto y agravio.

Alrededor del año 1610 Cervantes podía considerarse al fin un literato célebre, aunque de modestísima fortuna, pues el vil metal le había rehuido toda su vida y no parecía dispuesto a cambiar de idea en las postrimerías de su existencia. Ironías del destino aparte, dicen los estudiosos que Cervantes fue feliz durante aquellos tres meses escasos que pasó en Barcelona en el año 1610, aunque no faltan los que dudan de que alguna vez pisara realmente la ciudad y los que se rasgarían las vestiduras ante la insinuación de que suceso alguno referido en este modesto romance apócrifo hubiera tenido lugar en cualquier momento o lugar ajeno a la decadente imaginación de algún escribiente desalmado.

Mas si hemos de conceder crédito a la leyenda y aceptar la moneda de la fantasía y el ensueño, podemos asegurar que en aquellos días Cervantes ocupaba un pequeño estudio frente a la muralla del puerto, con ventanales abiertos a la luz del Mediterráneo que no quedaban lejos de la habitación donde Francesca di Parma había fallecido en sus brazos, y que cada día se sentaba allí a componer alguna de las obras que tanta fama habrían de reportarle, sobre todo más allá de las fronteras del reino que le había visto nacer. La finca donde se hospedaba era propiedad de su viejo amigo Sancho, que era ahora un próspero comerciante con una prole de seis hijos y una disposición afable que ni el trato con las vergüenzas del mundo había conseguido arrebatarle.

—¿Y que está escribiendo, maestro? —preguntaba Sancho todos los días al verle salir a la calle—. Mi señora esposa está todavía esperando nuevas aventuras de gallardía y lanza de nuestro querido hidalgo manchego…

Cervantes se limitaba a sonreír y nunca contestaba a la pregunta. A veces, al atardecer, se acercaba al taller de impresión que el viejo Antoni de Sempere y su hijo seguían regentando en la calle de Santa Ana, junto a la iglesia. A Cervantes le gustaba pasar tiempo entre libros y páginas por armar, conversando con su amigo el impresor y evitando hablar del recuerdo que ambos mantenían vivo en la memoria.

Una noche, cuando tocaba ya la hora de dejar el taller hasta el día siguiente,

Sempere envió a su hijo a casa y cerró las puertas. El impresor parecía inquieto y Cervantes sabía que algo le rondaba la cabeza a su buen amigo desde días atrás.

—El otro día apareció por aquí un caballero preguntando por usted —empezó Sempere—. Pelo blanco, muy alto, con unos ojos…

—… de lobo —completó Cervantes.

Sempere asintió.

—Usted lo ha dicho. Me dijo que era un viejo amigo suyo y que le gustaría verle si pasaba usted por la ciudad… No sabría decirle por qué, pero tan pronto se fue me asaltó una gran angustia y empecé a pensar que se trataba de alguien acerca de quien nos habló usted al buen Sancho y a mí en una infausta noche en una bodega junto a la basílica de Santa María del Mar. Huelga decir que portaba un pequeño ángel en la solapa.

—Creí que había usted olvidado aquella historia, Sempere.

—No olvido lo que imprimo.

—No se le ocurriría guardar copia, espero.

Sempere le ofreció una sonrisa tibia. Cervantes suspiró.

—¿Qué le ofreció Corelli por su ejemplar?

—Suficiente para retirarme y ceder mi negocio a los hijos de Sebastián de Comella y hacer así una buena obra.

—¿Y se lo vendió usted?

Por toda respuesta, Sempere se volvió, se acercó a un rincón del taller donde se arrodilló y, levantando unas tablas del suelo, recuperó un objeto envuelto en paños que depositó sobre la mesa frente a Cervantes. El novelista estudió el bulto durante unos segundos y, tras recibir el asentimiento de Sempere, abrió los paños para desvelar la única copia existente de *Un Poeta en los Infiernos*.

—¿Me lo puedo llevar?

—Suyo es —repuso Sempere—. Por autoría y recibo de pago de la edición.

Cervantes abrió el libro y deslizó la mirada por las primeras líneas.

—Un poeta es la única criatura que recupera la visión con los años —dijo.

—¿Va a acudir a su encuentro?

Cervantes sonrió.

—¿Tengo elección?

Un par de días más tarde, Cervantes salió como todas las mañanas a dar un largo paseo por la ciudad pese a que Sancho le había advertido que según los pescadores amenazaba tormenta sobre el mar. La lluvia empezó a descargar con fuerza al mediodía y el cielo se cubrió de nubes negras que palpitaban con el fulgor de los relámpagos y con el estruendo de los truenos que parecían golpear los muros y amenazar con arrasar la ciudad. Cervantes entró en la catedral para resguardarse del temporal. El templo estaba desierto y el novelista tomó asiento en los bancos de una capilla lateral bañada en la calidez de cientos de velas ardiendo en la penumbra. No le sorprendió cuando, sentado a su lado, encontró a Andreas Corelli con la vista

prendida en el Cristo suspendido sobre el altar.

—No pasan los años por vuesa merced —dijo Cervantes.

—Ni por su ingenio, querido amigo.

—Aunque tal vez sí por mi memoria, porque creo haber olvidado el momento en que usted y yo fuimos amigos…

Corelli se encogió de hombros.

—Ahí lo tiene, crucificado para purgar los pecados de los hombres, sin rencor, y usted no es capaz de perdonar a este pobre diablo… —Cervantes lo miró con severidad—. No me diga ahora que le ofende la blasfemia.

—La blasfemia solo ofende a quien la profiere para escarnio de los demás.

—No es mi propósito hacer escarnio de usted, amigo Cervantes.

—¿Cuál es pues su propósito, *signor* Corelli?

—¿Pedirle perdón?

Un largo silencio medió entre ambos.

—El perdón no se pide con palabras.

—Lo sé. Y no son palabras lo que ofrezco.

—No se molestará usted si al oír el término «oferta» de sus labios mi entusiasmo decrece.

—¿Por qué iba a molestarme?

—Tal vez su excelencia ha enloquecido tras leer demasiados misales y ha empezado a creer que cabalga vuesa merced por este valle de tinieblas para desfacer el entuerto que aquí nuestro salvador nos dejó a todos al abandonar la nave a la deriva.

Corelli se santiguó y sonrió mostrando aquellos dientes afilados y caninos.

—Amén —sentenció.

Cervantes se incorporó y, haciendo una reverencia, se dispuso a partir.

—La compañía es grata, estimado Arcangelo, pero en las presentes circunstancias prefiero la de rayos y truenos y gozar en calma de la tormenta.

Corelli suspiró.

—Escuche antes mi oferta.

Cervantes se encaminó lentamente hasta la salida. La puerta de la catedral se iba cerrando lentamente al frente.

—Ese truco ya lo he visto.

Corelli le esperaba en la penumbra del umbral, sumergido en las sombras. Solo sus ojos, encendidos al reflejo de las velas, eran visibles.

—Perdió usted una vez lo que más quería o creía querer a cambio de la posibilidad de crear una obra maestra.

—Nunca tuve elección. Mintió usted.

—La elección siempre estuvo en su mano, amigo mío. Y lo sabe.

—Abra la puerta.

—La puerta está abierta. Puede usted salir cuando guste.

Cervantes alargó la mano hacia el portón y lo empujó. El viento y la lluvia escupieron en su rostro. Se detuvo un instante antes de salir y la voz de Corelli, en la oscuridad, susurró a su oído.

—Le he echado en falta, Cervantes. Mi oferta es simple: recoja la pluma que ha abandonado y reabra las páginas que nunca debió dejar. Resucite su obra inmortal y remate las andaduras del Quijote y su fiel escudero para placer y consuelo de este pobre lector al que ha dejado usted huérfano de ingenio e invención.

—La historia está terminada, el hidalgo enterrado y mi voz agotada.

—Hágalo por mí y le devolveré la compañía de aquello que más quiso.

Cervantes contempló la tormenta espectral cabalgando sobre la ciudad a las puertas de la catedral.

—¿Lo promete?

—Lo juro. En presencia de mi Padre y Señor.

—¿Cuál es el truco esta vez?

—Esta vez no hay trucos. Esta vez, a cambio de la belleza de su creación, le entregaré aquello que usted más anhela.

Y así, sin más, partió el viejo novelista bajo la tormenta camino de su destino.

1616

Aquella última noche bajo las estrellas de Barcelona, el viejo Sempere y Andreas Corelli acompañaron el cortejo fúnebre a través de las angostas calles de la ciudad rumbo al camposanto particular de la familia Sempere, donde muchos años atrás tres amigos con un secreto inconfesable habían dado sepultura a los restos mortales de Francesca di Parma. La carroza avanzaba en silencio a la lumbre de las antorchas y las gentes se hacían a un lado. Recorrieron la madeja de pasajes y plazas que conducían hasta el pequeño camposanto sellado con una verja de lanzas afiladas. Al llegar a las puertas del cementerio la carroza se detuvo. Los dos jinetes que la escoltaban se apearon y, con la ayuda del cochero, descargaron el féretro, que no llevaba inscripción ni marca ninguna. Sempere abrió las puertas del cementerio y les dio paso. Condujeron el féretro hasta la tumba abierta que esperaba bajo la luna y lo dejaron reposar en el suelo. A una señal de Corelli, los vasallos se retiraron hasta las puertas del camposanto, dejando a Sempere en compañía del editor. Se oyeron entonces unos pasos junto a la verja y al volverse Sempere reconoció al viejo Sancho, que había acudido a despedir a su amigo. Corelli asintió y los escoltas le dejaron pasar. Cuando los tres estuvieron frente al féretro, Sancho se arrodilló y besó la cubierta.

—Quisiera decir unas palabras —murmuró.

—Proceda —ofreció Corelli.

—Dios tenga en su infinita gloria a un gran hombre y mejor amigo. Y si, vista la presente concurrencia, Dios delega deberes en jerarquías de cuestionable rango, que sean el honor y la estima de sus amigos los que le acompañen en este, su último viaje al Paraíso, y que no se extravíe su alma inmortal por derroteros de sulfuro y llama merced a triquiñuelas de Ángel cesado, pues vive el cielo que de ser así yo mismo me pertrecharé de armadura y lanza y vendré a rescatarle por mucha planta y tramoya que la malicia que el guardián del Averno disponga poner en mi camino.

Corelli le miraba fríamente. Sancho, si bien estaba muerto de miedo, le sostuvo la mirada.

—¿Es todo? —preguntó Corelli.

Sancho asintió, sujetándose las manos para ocultar su temblor. Sempere alzó los ojos hacia Corelli inquisitivamente. El editor se aproximó al féretro y, para sorpresa y alarma de todos, lo abrió.

El cadáver de Cervantes yacía en su interior enfundado en un hábito franciscano y con el rostro descubierto. Tenía los ojos abiertos y una mano sobre el pecho. Corelli levantó la mano de Cervantes y colocó bajo ella el libro que traía consigo.

—Amigo mío, le devuelvo estas páginas, la sublime y final tercera parte de la más grande de las fábulas que tuvo usted a bien escribir para este humilde lector que

sabe que los hombres nunca podrán ser merecedores de tanta belleza. Por eso la enterramos con usted, para que la lleve al encuentro de quien durante todos estos años le ha estado esperando y a quien usted, sabiéndolo o no, siempre deseó regresar. Se cumple así su anhelo máximo, su destino y recompensa final.

Tras estas palabras, Corelli selló el féretro.

—Yacen aquí Francesca di Parma, un alma pura, y Miguel de Cervantes, luz entre poetas, mendigo entre los hombres y Príncipe de Parnaso. Descansarán en paz entre libros y palabras sin que su reposo eterno sea jamás perturbado ni conocido por el resto de los mortales. Que este lugar sea un secreto, un misterio cuyo origen y final nadie conozca. Y que viva en él por siempre el espíritu del mayor contador de historias que jamás pisó el mundo.

Años más tarde, en su lecho de muerte, el viejo Sempere habría de explicar cómo en aquel instante creyó ver que Andreas Corelli derramaba una lágrima que al golpear la tumba de Cervantes se convirtió en piedra. Supo entonces que sobre aquella roca empezaría a construir un santuario, un cementerio de ideas e invenciones, de palabras y prodigios que crecería sobre las cenizas del Príncipe de Parnaso, y que algún día albergaría la mayor de las bibliotecas, aquella en la que toda obra perseguida o despreciada por la ignorancia y la malicia de los hombres iría a parar a la espera de volver a encontrar al lector que todo libro lleva dentro.

—Amigo Cervantes —dijo al despedirse—. Bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

Este relato es un simple divertimento que juega con algunos de los elementos menos conocidos y documentados de la vida del gran escritor, particularmente su viaje a Italia en su juventud y su estancia o estancias en la ciudad de Barcelona, la única a la que se refiere repetidamente en su obra.

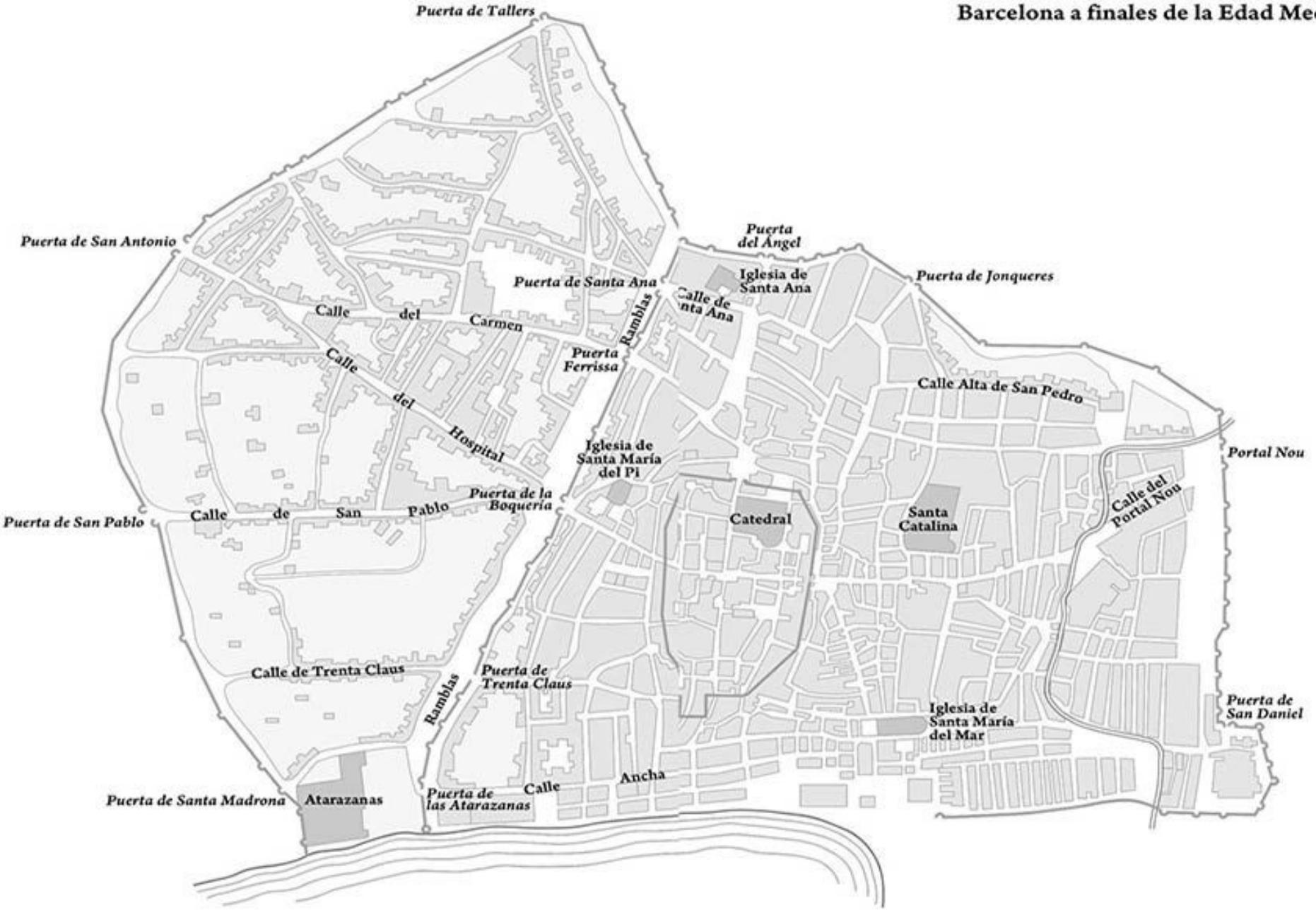
A diferencia de su admirado contemporáneo Lope de Vega, que cosechó un gran éxito desde sus primeros años, la de Cervantes fue una pluma tardía y con escasa recompensa y reconocimiento.

Los últimos años de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra fueron los más fértiles de su accidentada carrera literaria. Tras la publicación de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* en 1605, quizás la obra más famosa de la historia de la literatura y la precursora de la novela moderna, un periodo de relativa calma y reconocimiento le permitió publicar en 1613 las *Novelas ejemplares* y al año siguiente *Viaje al Parnaso*.

En 1615 aparece la segunda parte de *El Quijote*. Miguel de Cervantes moriría al año siguiente en Madrid y sería enterrado, o eso se creyó durante años, en el convento de las Trinitarias Descalzas.

No existe constancia de que Cervantes escribiese jamás una tercera parte de su más genial creación.

A día de hoy se desconoce con certeza dónde reposan realmente sus restos.



www.lectulandia.com - Página 34

CARLOS RUIZ ZAFÓN (Barcelona, 1964). Uno de los autores más reconocidos de la literatura internacional de nuestros días y el escritor español más leído en todo el mundo después de Cervantes. Sus obras han sido traducidas a más de cincuenta idiomas. En 1993 se da a conocer con *El Príncipe de la Niebla*, que forma, con *El Palacio de la Medianoche* (1994) y *Las Luces de Septiembre* (1995), la Trilogía de la Niebla. En 1998 llega *Marina*. En 2001 publica *La Sombra del Viento*, la primera novela de la saga de El Cementerio de los Libros Olvidados, que incluye *El Juego del Ángel* (2008), *El Prisionero del Cielo* (2011) y *El Laberinto de los Espíritus* (2016), un universo literario que se ha convertido en uno de los grandes fenómenos de las letras contemporáneas en los cinco continentes.